

## RESEÑAS

Reynaldo Yunuen Ortega Ortiz, *Movilización y democracia: España y México*, México, El Colegio de México, 2008, 297 pp.

Hasta ahora, *Movilización y democracia* es la obra más importante de Reynaldo Ortega, un politólogo joven del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. En su origen está la tesis doctoral que Ortega presentó en la Universidad de Columbia. Se trata del análisis y comparación de dos transiciones del autoritarismo a la democracia y que encaja muy bien dentro de la escuela de Charles Tilly, uno de los más prolíficos científicos sociales estadounidenses de la segunda mitad del siglo xx. (Al morir en 2008 tenía en su haber más de medio centenar de libros y seiscientos artículos.) Tilly se caracterizó por su empeño en construir grandes generalizaciones usando para ello lo mismo la historia, la sociología o la ciencia política. Las explicaciones robustas de Tilly y los suyos, entre los que se encuentra Ortega, buscan mostrar –con frecuencia echando mano de la comparación– como el tiempo y el espacio –la historia– han modelado el carácter de los procesos políticos.

La comparación de dos procesos de democratización en dos países situados en continentes distintos pero en una misma etapa histórica es el enfoque adoptado en *Movilización y democracia*. En un procedimiento clásico a partir de Emile Durkheim, antes de proceder a examinar sus objetos de estudio, el autor introduce al lector a las principales teorías que hoy buscan explicar los procesos de democratización en el mundo contemporáneo. Ortega sintetiza esas teorías fijándose en las figuras señeras. En primer lugar aparece el formidable Barrington Moore (una figura intelectual de las dimensiones de Tilly) y su escuela estructuralista para luego dedicar su atención al economista metido a politólogo Joseph Schumpeter, abanderado de la escuela elitista. Ambos enfoques son analizados y aquilatados para luego someterse a una crítica que sirve como punto de partida a Ortega, y luego para formular su propia visión.

La búsqueda de explicaciones sobre la naturaleza y cambio de un régimen político por vía de la comparación es un método que en nuestra ciencia política lo inició hace dos milenios y medio, y con gran éxito, Aristóteles.

A partir del examen de las similitudes y diferencias de las constituciones de las ciudades-Estado griegas que tuvo a su alcance, de sus estructuras sociales y económicas y de su evolución histórica –sus éxitos y fracasos en términos del ejercicio del poder–, el padre de la Ciencia Política occidental hizo generalizaciones teóricas que siguen teniendo interés.

La decisión de Ortega de elegir para su estudio comparativo a España y a México dentro del universo de sistemas autoritarios que en la segunda mitad del siglo pasado emprendieron el complejo pero prometedor camino de modificar su régimen –Turquía, Grecia, Portugal, Chile, Brasil, Argentina, Uruguay, Taiwán, Corea del Sur, la Europa Oriental, etc.– resultó particularmente acertada. Ambos países comparten raíces culturales y los dos vieron establecerse en ellos en la primera mitad del siglo pasado exitosos sistemas autoritarios como producto de sendas guerras civiles. Sin embargo, hubo suficientes diferencias como para hacer interesante la comparación. Mientras en México el régimen buscó su legitimidad en la revolución, en la cooptación y en un discurso de izquierda, en España lo hizo desde la contrarrevolución, la exclusión de los vencidos y un discurso que apelaba a los valores “impercederos” del pasado: catolicismo, monarquía, anticomunismo y antiliberalismo.

En este libro, el centro de atención es la comparación de los procesos de cambio democratizador. Y como Ortega define la dinámica de la democratización en el contexto español y mexicano como “un tipo de insurgencia”, entonces la parte importante, la más interesante de investigar y destacar, no es tanto la estructura autoritaria sino aquellos fenómenos que la van a desafiar y, finalmente, a cambiar: las fuerzas y los actores insurgentes. En este enfoque es la oposición la parte dinámica y a la que se debe caracterizar y examinar. Y dentro del mundo opositor dos son los actores privilegiados: los partidos políticos y los movimientos sociales “insurrectos”.

Pero antes de examinar las conclusiones generales a las que lleva el estudio de estos elementos definitorios de la “insurrección democrática”, conviene hacer notar una diferencia importante, crucial, entre los dos casos de estudio. En España, el sistema autoritario a derrotar por los demócratas fue uno relativamente más simple que el de México. Allá, en la Península, el núcleo del sistema era una persona: el dictador. A Franco finalmente lo venció la biología, la edad. Al desaparecer él y poco después el sucesor designado –el almirante Carrero Blanco– como resultado de un atentado de ETA, se abrió automáticamente un vacío de poder político que rápidamente se convirtió en una gran oportunidad de cambio. Ese vacío, aunado a una Europa interesada en hacer desaparecer de su entorno a la antidemocracia, permitió a la oposición democrática avanzar a una velocidad inimaginable mientras Franco vivió.

El caso mexicano fue muy distinto. El momento en que el autoritarismo en nuestro país más se asemejó al español fue hace poco más de un siglo, cuando se consolidó el régimen personalista del general Porfirio Díaz. Al porfiriato, como al franquismo, lo que finalmente le falló fue la institucionalización, pues finalmente no pudo prescindir del dictador “necesario”. Y cuando lo intentó para dar inicio a un proceso de sucesión, las contradicciones estallaron y toda la estructura de poder se vino abajo como resultado de una rebelión que, en términos militares, fue de poca magnitud. El proceso de transición a la democracia que se inició entonces se frustró rápidamente como consecuencia de un golpe militar en 1913 y de la guerra civil que estalló entonces. Así, la insurgencia democrática mexicana pasó muy pronto de la etapa centrada en las elecciones a otra interesada exclusivamente en la eliminación del otro por la vía armada. Al final, el proceso iniciado con el lema “sufragio efectivo” desembocó en el dominio completo de un sólo grupo: el carrancista, que aunque heterogéneo no permitió nada que pudiera constituirse en alternativa. Al zapatismo primero lo debilitó y luego lo cooptó, y al villismo lo derrotó militarmente y luego lo eliminó. A la derecha contrarrevolucionaria la derrotó o neutralizó militarmente –felixismo y cristeros– para más tarde incorporarla pero con un carácter subordinado. Para entonces el objetivo dejó de ser la democracia y fue sustituido por la modernización del autoritarismo del viejo régimen, que aprovechó muy bien el asesinato en 1928 del último caudillo –Álvaro Obregón– para institucionalizar el proceso de transmisión del poder dentro de un mismo grupo por la vía de un partido de Estado –PNR-PRM-PRI– y la observación estricta de la regla de oro de la no reelección.

La diferencia entre los dos autoritarismos llevó a una de las conclusiones importantes de Reynaldo Ortega: a España le resultó relativamente más fácil arrancar el proceso de transición porque allá la oposición democrática se enfrentó con un autoritarismo de “baja institucionalización” en tanto que en México debió hacer frente a uno que yo llamaría superinstitucionalizado. Así, a la poca institucionalización del franquismo le siguió la institucionalización exitosa de la democracia. En contraste, a la superinstitucionalización del priísmo mexicano le ha seguido una baja institucionalización de la democracia.

El enfoque de Ortega coloca en un lugar privilegiado a los partidos: son ellos los grandes instrumentos de la democratización. ¿Y cómo abordar el proceso desde esta óptica? La respuesta, en términos teóricos, es clara: en primer lugar, mediante el examen de las coyunturas o la “estructura de las oportunidades políticas” que en cada país se abrieron para los opositores. Luego, poniendo el acento en el examen de su fuerza organizativa, que en esencia proviene de cuatro factores: 1) la naturaleza de su membresía, 2) los

incentivos de solidaridad entre sus miembros, 3) las redes de comunicación entre ellos y 4) la calidad del liderazgo, para decirlo en palabras de autores citados por Ortega, la habilidad de los “empresarios políticos” de la oposición que aprovecharon las oportunidades que se le abrieron.

En este análisis los partidos políticos son los elementos centrales de la explicación, pero, como lo deja ver el título de la obra, el otro factor que minó a los autoritarismos de España y México fueron los movimientos sociales. Quizá a esos movimientos les hubiera venido bien un examen tan cuidadoso como el que el autor hizo respecto de los partidos.

Obviamente, en el caso español, el énfasis en el análisis de los partidos llevó al autor a retrotraerse en el tiempo: a fines del siglo XIX, a la dictadura de Primo de Rivera, a la Segunda República y, sobre todo, a subrayar el costo que significó la guerra civil de los años treinta y la notable historia de la supervivencia del PSOE y del PCE. En el caso español queda más que justificado el énfasis en los partidos de la oposición, su resistencia y vitalidad y la capacidad del PSOE para aprovechar la nueva estructura de oportunidades que abrieron las muertes de Franco y de Carrero Blanco y, sobre todo, la ausencia de un Estado organizado para apoyar de manera sistemática y efectiva a un partido autoritario, como sí sucedió en México. Quizá el paso más importante en el proceso de transición española fue la neutralización del ejército, la institución clave del franquismo. En contraste, en México el ejército simplemente no fue problema sustantivo: se amoldó rápidamente al nuevo régimen que, a su vez, le respetó su autonomía relativa.

Tanto en el caso español como en el mexicano, nuestro autor optó por poner el acento en las insurgencias para dejar en claro que no fueron las élites autoritarias las responsables principales de “poner al día” a sus respectivos regímenes. La superación en España y México de su autoritarismo no se explica por eso que se ha llamado “la democracia otorgada”. En ambos casos la democracia fue ganada desde fuera y con gran esfuerzo. En este proceso, en España el movimiento obrero es particularmente importante y, por lo mismo, lo son sus partidos: PCE y PSOE. En contraste, en México el papel de los obreros como tales resultó menor (la Tendencia Democrática es una excepción). Aquí, Ortega pone el acento, por un lado, en las sucesivas crisis económicas que debilitan la base de eso que puede llamarse “legitimidad pragmática” priísta –dar un poco a todos los políticamente relevantes, aunque más a los que tenían más y menos a los que tenían menos–, y por el otro, en los movimientos político-sociales, como el nazismo potosino, los médicos, los estudiantes, las guerrillas de los sesenta y setenta y el neozapatismo de los años noventa. Sólo en la parte final del proceso mexicano los partidos adquieren el papel de actores con gran relevancia, particularmente el de derecha –el PAN–, entre otras cosas porque fue el menos combatido

por el viejo régimen y que dispuso de mayores recursos materiales gracias a los empresarios de su entorno.

Es muy revelador que Reynaldo Ortega se sintiera obligado a añadir a la obra un *Post Scriptum* en torno a lo sucedido en México tras el supuesto arribo de la democracia en 2000, cosa que no consideró necesario hacer con España tras el triunfo del PSOE en octubre de 1982. Y es que lo ocurrido en España a lo largo del último cuarto de siglo no contradice para nada lo concluido en el libro, pero ese no es el caso de México. Aquí la obra requiere de un apuntalamiento justamente porque tras las elecciones de 2006 hubo un cierto retorno al pasado o del pasado. Es más, desde el *Post Scriptum* han seguido sucediendo cosas que amenazan con requerir de un *Post Post Scriptum* o de una continuación del estudio del caso mexicano donde se aborden temas como el resurgimiento del partido autoritario (PRI), la debilidad de la oposición partidista de izquierda (PRD) o del resurgimiento de los movimientos sociales de oposición.

La posición adoptada en *Movilización y democracia*, es decir, la no elitista, no es necesariamente la dominante en los círculos académicos y políticos en México. Aquí, la tesis de Ortega aún tiene que enfrentar a representantes de la “democracia otorgada”, especialmente después de lo ocurrido a partir del año 2006, cuando los remanentes del viejo régimen y los dominantes en el nuevo se unieron para impedir el arribo de la izquierda a la presidencia. Igualmente urgente es explicar el dominio del PRI por ya 79 años ininterrumpidos en más de una docena de estados. En fin, todo indica que Ortega tiene, en el caso mexicano, todo cortado a la medida para su próximo libro.

LORENZO MEYER

Peter Andreas e Ethan Nadelmann, *Policing the Globe: Criminalization and Crime Control in International Relations*, Oxford, Oxford University Press, 2006, 333 pp.

Todas las creaciones humanas tienen virtudes y defectos. Creo que así ocurre casi siempre. Empezaré por las cosas buenas: Peter Andreas e Ethan Nadelmann tienen buena pluma. Su obra es clara, coherente y está bien ensamblada. Sin embargo, los autores corren menos riesgos que antes y nos dejan sin oír sus recomendaciones. El tema es la creciente cooperación internacional en materia de vigilancia policíaca y procuración de justicia. En efecto, los actores que hacen cumplir la ley interactúan más y se coordinan mejor para enfrentar el crimen transnacional. El libro se propone explicar cómo y por qué ocurre aquello.

La idea central subraya que la emergencia de un sistema global más o menos institucionalizado de combate al crimen transnacional es el resultado de un proceso histórico prolongado en el que los Estados más poderosos han marcado las pautas. Los Estados europeos en un primer término, y Estados Unidos después, han determinado qué constituye un crimen y qué no, y han logrado imponer sus normas (que entrañan una concepción particular del bien y del mal) al resto de la comunidad internacional. Al transcurrir el tiempo, las prioridades y la posición de los Estados en la estructura internacional de poder varían, lo que conlleva cambios en la definición de los crímenes y en los regímenes internacionales que buscan combatirlos. La penalización de la producción y venta de drogas, así como la cooperación policíaca internacional para hacerles frente se desarrollaron siguiendo esa lógica. Tras el 11 de septiembre, el régimen internacional de combate al terrorismo se ha edificado sobre los mismos cimientos. Desde luego, las fronteras entre la cooperación y la imposición son notablemente difusas.

La obra es rigurosa tanto en su componente teórico como en su contenido empírico. Los autores son partidarios del eclecticismo teórico y afirman inspirarse en las tres principales perspectivas de la disciplina de las Relaciones Internacionales, aunque su argumento parece servirse más del realismo y del constructivismo que del liberalismo. Desde una perspectiva realista, la estructura internacional de poder da forma y contenido a los regímenes internacionales de lucha contra el crimen. El libro enfatiza que la conformación y expansión de esos regímenes no es consecuencia de la proliferación del crimen transnacional, sino más bien el resultado de la exportación de las normas penales internas de los Estados más poderosos. Desde un enfoque constructivista, las definiciones del crimen y las normas que lo prohíben cambian con el tiempo y reflejan los valores de una sociedad determinada. Los autores ponen de relieve que las potencias no sólo buscan satisfacer sus intereses económicos o maximizar su poder, sino también promover sus principios morales entre el resto de la comunidad de Estados. Por último, el liberalismo subraya que los Estados tienden a cooperar cuando sus intereses convergen. Los autores recurren al liberalismo para dar cuenta de los orígenes de la cooperación policíaca en Europa.

La obra está escrita con el propósito de enfatizar la importancia de la historia y de las relaciones de poder, por lo que su estructura sigue un orden cronológico y se centra en las potencias occidentales. Los autores comienzan por describir la historia de la homogeneización de las normas de justicia penal. Los primeros regímenes internacionales incluyeron el combate a la piratería, el comercio de esclavos y el tráfico de sustancias psicoactivas como el opio. Posteriormente, los autores fijan la mirada en la evolución de la cooperación policíaca internacional en Europa, donde se ha alcanzado un nivel elevado de

regulación e institucionalización. Esa cooperación parece haber sido el resultado de una confluencia de intereses de Estados cada vez más interdependientes, y su ejemplo más sobresaliente es la creación de la Comisión Internacional de Policía Criminal (que después se convertiría en la Interpol).

Más adelante el libro centra la atención en Estados Unidos y su capacidad notable para impulsar tanto la convergencia de las normas de justicia penal como la agenda de coordinación policíaca a escala global. En efecto, ninguna nación ha destinado tantos recursos y tanto empeño en persuadir a los gobiernos de otros países para que suscriban tratados de extradición; alineen sus sistemas de justicia penal, modifiquen sus métodos de investigación policíaca y de procuración de justicia, permitan el despliegue de agentes policiales extranjeros en su territorio; creen agencias especializadas, etc. En los últimos capítulos se analiza la intensificación de la cooperación policíaca transatlántica como consecuencia del 11 de septiembre. A pesar de ciertas tensiones políticas, la tendencia principal se ha caracterizado por una mayor convergencia en ambos lados del Atlántico. Los alcances del libro son amplios tanto en términos temporales (el periodo que se analiza abarca del siglo XIX hasta el XXI) como temáticos (los regímenes que se estudian incluyen desde el combate al tráfico de especies en extinción hasta la cooperación antiterrorista). El resultado es una obra lúcida, elocuente y completa sobre un asunto espinoso e importante.

El libro destaca por su claridad y coherencia, por su amplitud de miras y por su solidez teórica y empírica. Sin embargo, los autores se abstienen de hacer evaluaciones sobre las políticas que estudian. Quizás en un afán por evitar hacer polémica, el libro no menciona las consecuencias de la imposición de normas, de la cooperación policíaca o del despliegue extraterritorial de agentes policiales. Hay poco sobre los desafíos que la militarización y la privatización de algunas actividades policiales suponen para la democracia, los derechos humanos, la transparencia y la rendición de cuentas. Los daños colaterales de la lucha antidrogas, de la fortificación de las fronteras y del combate al terrorismo se resuelven en un par de líneas. Como si la corrupción, la violencia y el desvío de recursos escasos, que buena parte de las actividades policíacas producen, no estuvieran ahí, no complicaran aún más los problemas que se intentan resolver, y no perpetuaran una espiral de aumentos presupuestales que sólo benefician a unas cuantas agencias burocráticas.

La falta de un espíritu crítico en la mayor parte del texto es lamentable, particularmente porque los autores habían demostrado en obras anteriores una capacidad notable para decir las cosas sin ambages. Peter Andreas explicaba sin circunloquios en *Border Games* que la escalada policíaca en la frontera sur de Estados Unidos tenía efectos perversos y contraproducentes, que servía para ganar votos y multiplicar presupuestos, y que cumplía una

función esencialmente simbólica.<sup>1</sup> Media década después, el mismo autor se nos presenta más tibio y menos dispuesto a correr riesgos.

En suma, la obra de Andreas y Nadelmann ofrece una explicación satisfactoria de las causas de la cooperación policíaca internacional, pero deja de lado algo no menos importante: las consecuencias.

DANIEL ANTÓN AGUILAR GARCÍA

Morris Berman, *Edad oscura americana. La fase final del imperio*, trad. de Eduardo Rabasa, México, Sexto Piso, 2007, 495 pp.

## I

El libro de Morris Berman es relevante, sea o no el ocaso del país más importante en términos militares del mundo, después de terminada la Guerra Fría, pues Estados Unidos de América, además del contexto de la globalización económica y de la emergencia de bloques regionales, sitúa particularmente su gobierno en una nueva encrucijada, que no es más que la definición del nuevo orden constitutivo mundial y donde éste se convirtió en su principal portavoz. Aunado a ello, resulta significativo el hecho de que es evaluado desde la perspectiva de uno de sus connacionales que, durante varias décadas, fue académico en distintas universidades de aquel país.

*Edad oscura americana* de Morris Berman se convierte en punto de inflexión para analizar y comprender los efectos inesperados de la vida estadounidense actual, ya que la aguda evaluación que el autor hace sobre su país muestra que en dicha nación siguen existiendo voces que tratan de recuperar lo mejor de sus derechos civiles, como la libertad de expresión.

Nueve capítulos integran la obra: “Modernidad líquida”, “Economía-tecnología”, “Nuestro hogar y el mundo”, “*Pax Americana*”, “El eje del resentimiento: Irán, Irak e Israel”, “El significado del 11 de septiembre”, “Los caminos que se tomaron”, “El Estado de la Unión” y “La caída del Imperio”.

## II

Morris Berman inicia su exposición estableciendo cierto paralelismo entre Estados Unidos con el ocaso del Imperio Romano. En dicha época, lo que aceleró la caída fue el triunfo de la religión, la atrofia de la educación, la

<sup>1</sup> Peter Andreas, *Border Games: Policing the US-Mexico Divide*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, pp. 9-12.



integración entre el Estado, religión, aparatos de tortura y marginación político-económica. Su conclusión es contundente, fue una edad oscura. Estas circunstancias le hacen presuponer que su país se encuentra en una etapa similar y sobre ellas erige sus comentarios.

Formula al lector la pregunta siguiente: ¿hacia qué dirección cree que se dirige Estados Unidos en este momento? Las respuestas no dejan de presentarse de manera incesante; prueba de ello es la “misión divina” que el gobierno del presidente Bush tiene y en la cual “la fe aplasta a la evidencia empírica”. La cosmovisión religiosa cumple su parte con enfatizar la lucha entre el bien y el mal, “en lugar de comprenderlos como procesos políticos”. Y, por último, está la disputa antitética entre fundamentalismo y democracia; donde el primero muestra una hostilidad más que cínica ante el segundo al fortalecerse el tribalismo grupal que gobierna actualmente dicha nación. En síntesis, indica Berman, nos encontramos ante una “especie de dictadura presidencial, de naturaleza esencialmente teocrática”. Una de sus manifestaciones más evidentes es el paso de ser defensor a torturador de derechos humanos, tal y como se descubrió en la prisión de Abu Ghraib en Iraq.

Ante tan tenebroso escenario político, sus manifestaciones económicas tampoco son optimistas, ya que Estados Unidos, según un informe del FMI en 2004, se precipita hacia la insolvencia, aunado a que dejó de ser un lugar atractivo desde 2003 para captar la inversión extranjera y en el presente año amenaza con convertirse en profecía autocumplida. Este tipo de contradicciones internas marca el paralelismo con el Imperio Romano; y, si continúa por esta vía, inexorablemente se dirigirá “a su propio derrumbe”.

### III

Berman inicia su exposición apelando a la idea de *modernidad líquida*. La frase es del sociólogo polaco-británico Zygmunt Bauman, quien la acuñó para describir que las sociedades contemporáneas “carecen de un sentido de orientación del tipo de estabilidad que proviene de una añeja tradición o conjunto de normas”. Este cambio de paradigma tiene una aplicación específica de Berman cuando se refiere a la sociedad estadounidense. No obstante el patriotismo exacerbado actualmente en su país, sabe que los estadounidenses, hombres y mujeres por igual, se tienen que reinventar individualmente y de manera continua, lo cual expresa. Explica: “Los ciudadanos americanos no pueden elegir no participar en la sociedad de gran fluidez y alta presión en que se han convertido Estados Unidos. En resumen, la modernidad líquida es muy rígida: un mundo de autodeterminación compulsiva.”

Para sostener su argumentación, el autor analiza el ámbito laboral estadounidense, donde apunta cómo esta “modernidad”, conocida como globa-

lización, afecta la vida de los ciudadanos estadounidenses. El acento lo pone en la noción de flexibilidad, la cual recrea cuando explica las actuales antinomias del modo de vida estadounidense ante la aleatoriedad del trabajo. Las consecuencias pueden ser varias, pero una de ellas subraya la indiferencia que el nuevo modelo económico profundiza al erosionar las familias, fragmentar la vida comunitaria y convertirse en una amenaza para “nuestra integración”.

Estas secuelas de la modernidad líquida baumaniana no terminan ahí; por el contrario, falta la más preocupante de todas ellas, la restricción o el derecho a la información realmente libre de todos los ciudadanos. Berman es contundente al respecto, retoma un pasaje de la *Filosofía del dinero* de Georg Simmel para explicar el desempeño de los medios de comunicación en Estados Unidos: “cuanto más se mueve el dinero hacia el centro de nuestras vidas, más cínicos nos volvemos en cuanto a los valores superiores”.

Se puede estar de acuerdo o no con respecto a las prescripciones normativas para explicar los eventos sociales, pero en el caso del país en cuestión, es indudable que el peso que tiene en su vida cotidiana es significativo; prueba de ello es el diagnóstico que sobre el *mundo de la vida estadounidense* desarrolla. Para el autor, la vida cultural se ahoga en una “gigantesca fantasía consumista”, la cual ha hecho que muten los ámbitos colectivos a extensiones de los particulares; con ello se precipita el fin del mundo sensorial para arribar al mundo digital negativo, es decir, aquel que fue planteado por Huxley en 1937 con su *Mundo feliz*.

#### IV

“Economía y tecnología” es el título del segundo capítulo. Allí Berman no deja de presagiar la catástrofe; la cual es anunciada con otra frase trágica: “... existen dos maneras garantizadas de arruinar una sociedad, a saber, dejar que el mercado ‘sea el único rector del destino de los seres humanos’ y permitir que la tecnología impregne cada aspecto de nuestras vidas”.

En lo concerniente a la economía, el autor retoma las aportaciones hechas por el economista más importante después de la segunda gran guerra: John Maynard Keynes. Era indudable que para él el objetivo de la regulación económica y la intervención del Estado en la economía cumplían el objetivo fundamental de “crear civilización”; no así para quienes han apostado por los procesos de desregulación, liberación de barreras proteccionistas, etc. Para ello, Berman reconstruye la ‘era’ de Bretton Woods, en donde las dos principales instituciones financieras derivadas de él, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, tenían por objetivo fomentar el desarrollo en los países subdesarrollados. Sin embargo, nada de lo originalmente planteado se cumplió; por el contrario, se convirtieron en instituciones agresivas en sí mismas.

Keynes, en este sentido, era suspicaz y escribió que los ajustes económicos automáticos que operan dentro del libre mercado “son un engaño doctrinario que no tiene en cuenta las lecciones de la experiencia histórica y que carece de respaldo de una teoría sólida”. Es por ello, señala Berman, que basados en el espíritu keynesiano, las finanzas deben servir a “las metas económicas y prácticas, no regirlas”.

Sin embargo, Estados Unidos en la década de 1960 hizo oídos sordos a la búsqueda del bienestar, su política del *New Deal* vio pronto su fin por una conjugación de políticas públicas implementadas por su gobierno. La primera consistió en el traslado de dinero de las clases populares estadounidenses a los sectores más ricos a partir de 1973; la segunda incrementó el gasto público para seguir financiando los costos de la Guerra Fría, concretamente la guerra de Vietnam, lo cual trajo consigo déficit presupuestario y por consiguiente inflación, aunado al drástico giro ideológico hacia un “fundamentalismo de mercado o la idea del crecimiento ilimitado”, mejor conocido como *reaganomics*. Los efectos todavía se siguen viviendo en aquel país, aunque dicha realidad no nos es ajena.

## V

El capítulo “Nuestro hogar y el mundo” tiene por antecedente las últimas reflexiones del capítulo anterior. En él, la pregunta guía es: “¿realmente sigue siendo Estados Unidos el estándar de una genuina civilización como lo era, digamos, hace tan sólo sesenta años?” La respuesta que ofrece a través de la evaluación que le hace a la política exterior de su país concluye que las directrices políticas han metido a esa nación en un gran problema. Las razones que explican dicha realidad se sustentan en tres rubros claves: el primero resalta la mutua implicación entre la política exterior e interior de aquel país; el segundo consiste precisamente en la culminación de esta nueva *edad oscura* americana en la cual el “ataque militar preventivo y la intención americana *de facto* de regir el mundo”, o doctrina Bush, son sus principales características; y el tercero implica la equívoca interpretación e impredecibles consecuencias de los atentados del 11 de septiembre de 2001; en ellas, señala el autor que la tendencia decreciente de la influencia estadounidense se acentúa.

Berman evalúa las tesis del *Choque de civilizaciones* de Huntington y concluye que el argumento anterior contiene varias contradicciones internas. La más relevante señala que Estados Unidos combate actualmente por asuntos ideológicos, económicos y territoriales, que la diferencia entre lo contemporáneo y lo antiguo continúa en el siglo XXI, lo cual traería una fractura mayor en aquellas civilizaciones que no han transitado hacia la moderni-

dad. Indudablemente, esta es una expresión de barbarismo sobre el cual cabría hacer estudios más pormenorizados y no suscribirla como la continuidad histórica del modelo de libre mercado. De ahí que el autor no ve a Bin Laden como el enemigo público de esta nueva cruzada, sino como una referencia de lo que ha hecho mal el gobierno de Estados Unidos con respecto a su política exterior.

## VI

Los comentarios hechos de los capítulos anteriores sirven de antecedente para estudiar el capítulo "*Pax Americana*". Berman es implacable cuando señala que, no obstante la amenaza que significó la Guerra Fría para la paz mundial, en realidad ésta mantuvo en estado latente las pretensiones imperiales de Estados Unidos y, por el contrario, una vez vencida la Unión Soviética, ha ejercido e impuesto su noción de paz. Esta idea vuelve a presentarse con la actual guerra contra el terrorismo, que invoca "una gran estructura mítica o narrativa" que magnifica el fervor patrio estadounidense.

Para reforzar esta pretensión nacional, Estados Unidos ha recurrido al mantenimiento de una política exterior beligerante, la cual ha creado una metaforología que se puede encontrar en el libro aquí reseñado. Berman ejemplifica lo anterior cuando explica la genealogía del término "contención", que acuñó George Kennan en 1947 para evitar que la URSS utilizara su triunfo bélico contra el régimen nazi y, con ello, conformara un orden mundial diferente al que prevaleció durante casi más de cuarenta años. Para Kennan la misión histórica estadounidense era clara: crear esferas de influencia para así evitar el avance de la "amenaza". De ahí que también se buscara hacer compatibles las aspiraciones internas con las externas de aquel país; para ello se utilizó la referencia cultural: *estilo de vida estadounidense*, para fortalecer dicha estrategia. El esfuerzo al interior de Estados Unidos tuvo otro sendero, donde cierto maquiavelismo se utilizó para hacer virtud lo que en realidad era razón de Estado. Durante el gobierno de Truman se ideó la estrategia de "darle un gran susto al pueblo estadounidense", por medio de la utilización de un "lenguaje dramático; como 'el mundo libre contra el mundo esclavizado'". De ahí infiere Berman la empatía entre Truman y Bush en su estilo personal de gobernar. También se desprenden de lo anterior los excesos cometidos por diferentes administraciones estadounidenses, como el abuso desmedido de la fuerza en las guerras libradas después de la Segunda Guerra Mundial, que podrían llevar ante tribunales similares al de Núremberg a muchos de sus funcionarios.

Un subcapítulo que merece especial atención es "Presidencia fallida *versus* nación fallida". En él destacan los comentarios que el autor hace sobre

la participación de James Carter en la vida política estadounidense, la cual puede considerarse como paradigmática. Ésta se distinguió por dar un giro a la vida diplomática desde su campaña a la Presidencia de Estados Unidos; los esfuerzos se enfocaron en buscar “una política exterior que sea reflejo de la decencia, la generosidad y el sentido común de nuestra gente”. Sin embargo, su grupo de asesores internacionales, integrado por demócratas y republicanos, hicieron de esta estrategia una pretensión fallida calificando de “torpe” a toda su administración. Además, este calificativo fue maximizado por una “cobertura mediática tendenciosa con la necesidad de la gente de una ‘comprensión’ simplista de los acontecimientos”. Bajo las referencias que da Berman, se hace necesario releer este tema para explicarse causalmente el intervencionismo estadounidense.

Morris Berman va más allá y reconstruye el argumento más preocupante de la política exterior estadounidense:

En septiembre de ese año (2002), la Casa Blanca hizo pública la National Security Strategy (NSS), a la que ya hice referencia. Es una versión un poco atenuada del informe PNAC, pero el mensaje es el mismo. Declara con pomposidad que “libraremos al mundo del mal”; actuaremos de forma preventiva; sólo si es necesario; y nosotros decidiremos quién es o no un enemigo que merece un “cambio de régimen”. En resumen, vamos a reacomodar el mundo mediante nuestro ejército para ajustarlo a nuestra medida.

La guerra contra Iraq comenzó exactamente seis meses después con terribles consecuencias para aquel país, el cual se liberó de un dictador para ser saqueado indiscriminadamente por las compañías estadounidenses.

## VII

En “El eje del resentimiento”, Morris Berman escribe que la aplicación de la política interna no sólo ha causado desastres en Estados Unidos, sino que también ha repercutido en aquellas naciones donde éste ha intervenido con ambiciones imperiales; reconstruye lo sucedido en Medio Oriente durante los años setenta y ochenta para enfatizar tajantemente: “no se requiere de una gran imaginación para concluir que los acontecimientos del 11 de septiembre fueron el trágico pero inevitable resultado de nuestra política exterior en aquella nación”. Las naciones a las que refiere el autor son Irán e Iraq.

El obituario producido en Medio Oriente es producto de doscientos años de “imperio angloamericano”, el cual no es exclusivo de los estadounidenses. Mucho tiene que ver la herencia dejada por los británicos, quienes pasaron la “estafeta” a los primeros cuando se enfrentaron a su propia

debacle, pero ahora Estados Unidos no tiene esta posibilidad ya que ningún país o coalición está dispuesto a cargar con dicho costo.

## VIII

El capítulo “El significado del 11 de septiembre” tiene que ver más con los pretextos para agredir que con la introspección del daño. Berman señala que en la invasión de Iraq en 2003 convergieron muchas circunstancias, pero era un hecho que dicho operativo militar poco tenía que ver con aquella nación. El propósito final de esa cruzada no tiene que ver con una presencia regional, sino con el control global de Estados Unidos. En este sentido, la tesis de los conservadores estadounidenses choca incluso con uno de los vértices más importantes del capitalismo mundial, su presencia global. La ambición de los gobiernos republicanos por establecer el estilo de vida estadounidense pone a esa nación en una situación de aislamiento creciente. Prueba manifiesta de esta precaria situación lo constituyen las decisiones del *cuarteto del terror*, Bush-Rumsfeld-Cheney-Rice, quienes después del 11 de septiembre de 2001 manipularon la información para invadir Iraq; pero al verse imposibilitados por el débil consenso en sus respectivos ministerios, tuvieron que optar por invadir Afganistán para después recomponer el apetito imperial e ir sobre la nación de Asia Central.

El sarcasmo de Morris Berman se percibe cuando reconstruye los argumentos que se vertieron para invadir aquel país, sobre todo, cuando el autor hace un llamado de atención al plantear la semántica teológica que se utilizó para hacer la guerra: la necesidad de ir en contra de las armas de destrucción masiva desarrolladas por el gobierno de Saddam Hussein. Resulta relevante ver como la administración Bush construyó la versión de que dicho tirano había llegado a fabricar y controlar un arsenal que amenazaba el mundo occidental. Para ello, el autor da los nombres de quienes mintieron en dicho afán y su incidencia en una opinión pública dolida.

## IX

En el séptimo capítulo, “Los caminos que no se tomaron”, Morris Berman hace una reflexión sustantiva. A partir de la frase referida, prosigue con su exposición sobre el declive estadounidense e indica que toda civilización en su auge se encuentra constituida por una variedad de factores, los cuales reprimen algunos de ellos para consolidar dicho proyecto. Sin embargo, el capricho dialéctico se torna en contra de los dominantes y “en algunos momentos los caminos rechazados vuelven para perseguirla, porque representan tendencias necesarias para el equilibrio”. Desdichadamente cuando

estas últimas retornan como material *sombra*, se integran de “manera substancial al paradigma dominante” y con ello acentúan el ocaso.

El autor aplica el ejercicio analítico anterior para comprender la circunvolución que existe al interior de Estados Unidos y, para ello, contrasta la relación trágica de ese país con las naciones islámicas. La conclusión que ofrece Berman sobre esta confrontación es elemental: se puede estar de acuerdo o no con los países teocráticos, pero al interior de Norteamérica, ¿qué sucede? La respuesta ante tal interrogante proviene de la descripción hecha por la madre Teresa a propósito del estilo de vida estadounidense. La religiosa señaló que la “pobreza de Estados Unidos es peor que la de la India, porque consiste en el terrible vacío que viene de desear las cosas equivocadas”. Basándose en dicho comentario, Morris Berman sintetiza la historia estadounidense, la cual pasó de momentos que parecían gloriosos a niveles de agotamiento como lo fue el incidente de “un Wal-Mart de Florida al aplastar a una pobre mujer hasta dejarla inconsciente por un DVD de 26 dólares”. Es la vida individualista la que priva actualmente en dicha nación, no más vínculos con la comunidad, consumismo *per se* es la regla y por ello puede adjetivarse como “sociedad coca-donald”.

## X

Lo último que se le puede imputar a Morris Berman es que sea un perverso apologista, por el contrario, sus comentarios adquieren sentido cuando desde la distancia compatriotas suyos coinciden con sus opiniones. Lo anterior se ve reflejado en el capítulo “El Estado de la Unión”, donde nuevamente pone los puntos sobre las íes. En esta ocasión indica que la principal dificultad que enfrenta su nación para dar un nuevo impulso ascendente es el propio “pueblo americano”. Máxime que éste se encuentra sumergido en una vida cotidiana llena de violencia e ignorancia, la cual no sólo lo provee, a juicio del autor, de un vacío espiritual, sino que eventos que afectan su vida son obnubilados por estructuras que maximizan dicha condición precaria. Para muestra un botón: en las elecciones internas para definir a los candidatos tanto del Partido Demócrata como Republicano, el peso de los medios masivos de comunicación juega un papel importante; no sólo porque son los beneficiarios económicos directos de los gastos de campaña que suman miles de millones de dólares, sino porque en este afán protagónico dejaron fuera de las precampañas a otros aspirantes que afectaban sus intereses, tal es el caso del precandidato republicano Ron Paul y del demócrata Dennis Kucinich.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Amy Goodman, “El día que las cadenas de televisión se sacaron la lotería”, 9 de enero de 2008, en <http://www.democracynow.org/es>

## XI

“La caída del Imperio” es el título del último capítulo del libro, allí el autor no solamente sintetiza lo que ha venido exponiendo a lo largo de la obra, sino que despuntan nítidas referencias del deterioro que viven las estructuras sociales, económicas y políticas de Estados Unidos. Sus indicaciones más precisas las hace con referencia al ámbito político, pues al caracterizarse éste por ser la instancia de decisiones políticas, refleja el grado de confusión que priva para mantener el *statu quo*. Indica que la obtusa pretensión imperial de los últimos gobiernos, marcada por la actual administración federal de “exportar y defender” la libertad y la democracia, es “una discusión falsa”. Lo anterior se acentúa en las campañas presidenciales en donde los candidatos –se refiere a la contienda presidencial entre Kerry y Bush– “intercambian golpes con energía sobre las versiones suaves y fuertes de la misma agenda, mientras que una prensa conformista informa sobre el ‘contraste’ a un público ignorante y crédulo, que piensa que está escuchando la verdad”. Esto mismo vuelve a emerger como capricho cíclico en las primarias que se llevaron a cabo con miras a la contienda de 2008 entre los candidatos demócratas Obama *vs.* Clinton y republicanos McCain y Edwards.

Morris Berman hace una advertencia lúdica y al mismo tiempo trágica sobre el panorama futuro de Estados Unidos. Sitúa su comentario para 2009 y advierte al lector de aquel tiempo futuro, que es “muy posible que el verdadero propósito de Bush sea crear una especie de fascismo suave, una dictadura presidencial o un sistema unipartidista que encabece una plutocracia cristiana *de facto*, y que logre aplastar a todas las voces opuestas”. Al parecer esto ya está ocurriendo y es posible que veamos pronto sus efectos.

Para finalizar, el libro de Morris Berman contiene mucha más información que lo comentado aquí, sólo queda por destacar que su exposición se sustenta sobre la idea de la *modernidad líquida*, paradigma que auxilia en la comprensión de un mundo cambiante.

ARTURO AUGUSTO CANO CABRERA

Luis Astorga, *Seguridad, traficantes y militares. El poder y la sombra*, México, Tusquets, 2007, 337 pp.

Toda investigación con pretensiones científicas acerca del narcotráfico se enfrenta a los discursos, mitos, imágenes y conceptos que dan cuenta del



fenómeno. Ideado generalmente por órganos estatales (casi siempre estadounidenses), y aceptado y difundido sin ánimo crítico por medios de comunicación masiva, intelectuales o académicos, el vocabulario oscurece al fenómeno, le añade tintes sensacionalistas y justifica políticas públicas que suelen tener consecuencias no deseadas, agudizando el problema la mayoría de las veces.

El libro de Astorga constituye un esfuerzo por revelar y cuestionar este vocabulario y lugares comunes que distorsionan nuestra mirada al problema del narcotráfico; especialmente, la idea de que en México aquél amenaza la “seguridad nacional” (amenaza que justifica la guerra del Estado en su contra), como si históricamente el fenómeno no se hubiera desarrollado “protegido desde las distintas esferas del poder político y policiaco, como parte de una estructura de poder pero en posición subordinada, y cuyos agentes principales fueron desde un inicio marginados del poder político”. [p. 31] La hipótesis de la guerra entre el Estado y los narcotraficantes no presume solamente que éstos buscan substituir a aquél, o destruirlo. También acepta implícitamente que el Estado, los narcotraficantes y la sociedad son tres cosas distintas, cuyas fronteras son nítidas; olvida que existen campesinos que cultivan la droga, gobernadores y presidentes municipales que protegen a narcotraficantes, antiguos militares que han “ingresado a las filas del narco”, un número creciente de consumidores; olvida además que las ganancias del negocio tienen un efecto importante en la economía. En pocas palabras, la hipótesis supone que el narcotráfico constituye una anomalía a un orden estatal como el descrito por Weber.

Esta creencia elemental que el libro cuestiona, a saber, que los narcotraficantes amenazan la seguridad nacional y que es posible entonces sostener una guerra en su contra, encuentra sostén en muchas otras que Astorga también evidencia, como aquella en la existencia de los cárteles, por ofrecer un solo ejemplo. “Agentes de la DEA y fiscales de Florida [utilizarían dicha palabra para designar a un] enemigo monolítico, organizado de manera jerárquica, con una racionalidad burocrática y económica, que domina todas las fases del negocio y está, por lo tanto, en posición de controlar el mercado y los precios.” [p. 276] La universal aceptación del término es proporcional a su inexactitud para describir al fenómeno que nombra: un complejo y nebuloso universo de productores de drogas, sicarios, intermediarios, funcionarios públicos corruptos (o amenazados), “narcomendistas”, etc. La existencia de los cárteles sugiere un mercado de la droga regulado por unidades cuyo funcionamiento se asemeja al de los Estados: racional, vertical. Me parece que el éxito de la palabra obedece a que brinda una apariencia de orden en el mercado de la droga; como si éste pudiera entenderse forzando analogías con un orden estatal westphaliano. (Haga el lector el siguiente

ejercicio. Compare el recuento de la prensa de las alianzas y pugnas entre cárteles con las explicaciones histórico-realistas –equilibrio de poder, etc.– de la guerra y la paz en la Europa del siglo XIX.)

Desgraciadamente estas ideas se pierden en un texto cuya estructura resulta desorganizada, lo que dificulta el seguimiento de sus líneas argumentativas. El primer capítulo, “Tráfico de drogas y seguridad”, y el último, “Drogas, discursos, medio y mitos”, encierran las tesis del libro; aquellas que señalé antes: que el narcotráfico no amenaza, en un sentido clásico, la seguridad nacional, y que la mirada al fenómeno es distorsionada por medios de comunicación que reproducen creencias y paradigmas de raigambre estatal. Buena parte del libro, el segundo capítulo especialmente, constituye un alegato en contra de la participación del ejército en el combate contra el tráfico de drogas; las razones ofrecidas no son novedosas: éste corre el riesgo de corromperse en la tarea, además de que su preparación lo vuelve proclive a incurrir en abusos en contra de los derechos humanos.

La prosa de Astorga reproduce y acentúa la anarquía en la estructura del libro. Apoyado en una cuidadosa revisión de la prensa de los últimos años, el autor ofrece una cantidad ingente de datos que, al no ser presentada de manera sistemática, parece excesiva; se echan de menos tablas o gráficas que ordenen una colección de “casos” cuyo único lazo parece ser su sensacionalismo. Sorprende la presencia de capítulos consagrados a las organizaciones de narcotraficantes y a los estados de la república (el tercero y el cuarto respectivamente) en donde el problema se agudiza; el recuento de narcotraficantes, capturas, emboscadas, “batallas” o alianzas, parece arbitrario y desordenado: ¿Por qué se habla de un estado y no de otro? ¿Por qué hay secciones para el D.F. o Nuevo León y no para Tamaulipas o Baja California? ¿Por qué una sección consagrada a las opiniones del subcomandante Marcos hacia el tema? Parecería que cualquier declaración sonora de algún político, cualquier incidente escandaloso, amerita admisión en el texto. No resulta claro a qué lógica obedece la presencia de algún dato, la crónica de algún caso; cuál es el fin de su inclusión en el texto. El catálogo entero parece desmesurado y arbitrario: nubla el entendimiento en vez iluminarlo.

Uno de los problemas con este caudal de información es que sepulta algunas ideas o conjeturas interesantes. Un solo ejemplo. En las páginas 164 y 165 Astorga distingue dos clases de organizaciones narcotraficantes. Las primeras, más longevas y experimentadas, operarían de manera similar a la mafia italiana; poseedoras de una identidad sólida, relaciones consolidadas con funcionarios públicos, tienen en las transformaciones del grupo de Sinaloa a su mejor ejemplo. Llamémoslos los narcos tradicionales. Las organizaciones nuevas “han sido más proclives a la ruptura de las tradicio-

nes, a la innovación en la composición del núcleo dirigente de la organización con ex militares, a la confrontación directa con representantes de la ley de la más alta jerarquía”. [p. 164] El cártel del Golfo de Osiel Cárdenas, escudado por los zetas, representaría el paradigma de este nuevo tipo de organización narcotraficante. La tipología –cuestionable, como cualquier otra– es presentada en apenas dos párrafos. Me parece que un desarrollo más profundo de la idea habría resultado más interesante y sugestivo que el recuento, más bien periodístico, de dirigentes, golpes o decomisos que el autor ofrece. Contribuiría, por ejemplo, a un mejor entendimiento de la violencia ejercida por las nuevas organizaciones que trafican drogas.

Astorga se enfrenta al problema mayúsculo de que, derrumbados los mitos y conceptos que describen al narcotráfico, no queda una hipótesis alternativa –o nuevos conceptos– que lo haga; no hay, por ejemplo, conjeturas razonables que den cuenta de la brutal violencia de los últimos años. Descartadas las explicaciones oficiales, Astorga llega a insinuar que la persistencia del narco se debe a la persistencia de políticos corruptos e incompetentes, soslayando el hecho de que un arreglo político que tuvo en la corrupción una de sus características principales logró acotar el problema, minimizando algunos de sus efectos más peligrosos.

Es deber de los gobernantes –escribe– otorgar seguridad a los ciudadanos. Porque los gobernantes son, de acuerdo con la ley, los encargados de controlar las corporaciones policíacas y procurar la justicia. Ellos son los que han fallado; han prometido combatir la inseguridad; y los ciudadanos, al votar por ellos, esperan resultados tangibles, no excusas. La sociedad apoya a los gobernantes que hacen bien su trabajo, que velan por el interés general, no a quienes tratan de responsabilizarlos por el mal funcionamiento de las instituciones sobre las cuales no tienen autoridad y de imponerles tareas que no le corresponden (p. 232).

El párrafo resulta ingenuo. Remite al deber de los gobernantes, a su capacidad de control sobre la policía o de protección sobre los jueces amenazados; remite, en pocas palabras, a un Estado weberiano.

Imperan el desconcierto y el pesimismo al observar el problema del narcotráfico. Las cifras que el gobierno suele ofrecer para demostrar su éxito en la guerra en su contra son ambivalentes y a menudo apuntan a lo contrario, a saber, a su fracaso o a la magnitud y mutaciones del problema. La manera en que el fenómeno fue tradicionalmente estudiado y descrito ofrecía una sensación de orden; reforzaba la idea de un Estado separado de él, en pugna o en guerra, circunstancia que el libro de Astorga cuestiona. No hay en él, sin embargo, un intento por pensar otra vez a este Estado; se echa de menos –como en buena parte de la literatura sobre el tema– un ensayo de explicación del funcionamiento de los cárteles (desde los míticos líderes has-

ta los vendedores al menudeo) o información acerca de cómo las ganancias del narco permean en la sociedad. Parecería que el desconcierto, el pesimismo y el miedo también, los rasgos dominantes de nuestra actual mirada al narcotráfico, encuentran eco en el libro, que los reproduce.

EMILIO DE ANTUÑANO